

RESEÑAS

BERNARD POTTIER. *Teoría y análisis en lingüística*, trad. G. TerSakarian, Madrid, Gredos, 1992, 321 pp. (Biblioteca Románica-Hispánica. Estudios y ensayos, 378).

Los dieciséis capítulos del libro, divididos en cuatro partes, son una buena oportunidad para conocer una serie de trabajos publicados por el autor, en el medio académico europeo, entre los años 1975 y 1985, tal como lo indica la relación de artículos que acompaña esta edición. Sólo los capítulos 5 y 6 son nuevos y originales.

Pottier es uno de los lingüistas europeos que más influencia y difusión tiene en el mundo hispánico, desde hace más de treinta años. Sus brillantes concepciones teóricas, expuestas tanto en libros como en artículos, siempre con lucidez y con provocación intelectual para el lector, convierten esta edición en un encuentro con un viejo conocido. Para quienes han seguido su larga trayectoria, no resultará extraño reencontrarse con su acostumbrada apuesta por el esquematismo, sus gráficos y su inquietante falta de argumentación discursiva, que terminan estimulando al lector interesado a hurgar intelectualmente entre aquello que sostiene sus textos y que dan solidez y coherencia a sus contribuciones teóricas. Este estilo exige una constante colaboración del lector, una suerte de diálogo con el autor teniendo a los gráficos y a sus apuntes como intermediarios, que responde al convencimiento de Pottier de que las imágenes valen tanto como el discurso argumental, en términos pedagógicos. Sin duda que, desde un punto de vista pedagógico, las

imágenes o esquemas analíticos, como también las llama, facilitan toda explicación teórica, pero también tienen sus riesgos, sobre todo cuando estas imágenes aparecen en un texto escrito, sin la compañía discursiva que refuerce aquello que el esquema pretende mostrar (o demostrar). ¿Un lector ajeno a las publicaciones de Pottier, podrá comprender adecuadamente esas imágenes que ve por vez primera? ¿Un lector entrenado en “observar” estos esquemas, podrá estar siempre seguro de haber comprendido los gráficos? No creo que las preguntas anteriores sean cuestiones triviales. Por el contrario, me parecen centrales por tratarse de un autor cuyo pensamiento teórico tiene singular importancia en el desarrollo de la lingüística contemporánea. No niego el valor de los esquemas, no me cabe duda de su trascendencia pedagógica, no deja de inquietarme la posibilidad de que por ausencia de refuerzo argumental, Pottier no sea bien comprendido.

En la primera y segunda parte del libro, tituladas “Principios metodológicos” y “Lo conceptual y lo lingüístico” respectivamente, encontramos a un Pottier que se mantiene cercano a los postulados estructuralistas, reconociéndole a la lengua cierta generatividad intrínseca, sin que ello signifique identificación alguna con las ideas chomskianas. Desde esta perspectiva teórica, no es difícil entender por qué Pottier opta, de manera explícita, por continuar las enseñanzas de su maestro Gustave Guillaume. Con el pensamiento guillaumiano, el análisis y la reflexión del autor introduce dos consideraciones, de distinto orden, que servirán de base para el análisis de los fenómenos lingüísticos descritos en las siguientes páginas del libro.

En primer lugar, las referencias a las operaciones de conceptualización, entendidas como fenómenos participantes en toda comunicación mediada lingüísticamente, son vinculadas con la memoria. “La memoria debe reintroducirse en todo momento y su cometido debe evidenciarse” (p. 23). Ella subtiende la totalidad de la comprensión y de la expresión, contribuyendo con la identificación del sentido ofrecido en todo intercambio verbal. La memoria “se sitúa en la base de la competencia de lengua, de lexicalización de secuencias discursivas, de connotación, etc. Permite traer el pasado al presente del discurso, invirtiendo así el sentimiento de paso de todo presente al pasado” (p. 28). Esta inclusión de lo memorizado, como apoyo necesario para la producción y la aprehensión del sentido, implica —aunque Pottier no lo diga— asumir un correlato psicológico y cognoscitivo en todo uso de lenguaje. Correlato que no acaba, ni puede hacerlo, en su sola mención, sino en la necesidad de entender al lenguaje como un fenómeno cuya complejidad trasciende su sonora piel y, al mismo tiempo, nos obliga a entenderlo como

fenómeno social. Porque al incluir a la memoria, incluimos con ella, todas las experiencias lingüísticas vividas en sociedad, como sostén de nuestro dominio estructural de la lengua y por supuesto, de nuestra capacidad para otorgarles a las palabras que oímos o decimos, un significado.

En segundo lugar, gracias a su identificación con Guillaume, Pottier se aleja de sus anteriores descripciones binarias, para preferir una suerte de gradación entre dos polos, usados como referentes para el análisis de un fenómeno lingüístico particular. Esta gradación corresponde a los esquemas continuos ofrecidos por Guillaume, en los cuales apoyó siempre su tesis sobre el dinamismo de la lengua, aspecto retomado ahora por Pottier. De ahí que el autor señale la necesidad “de dejar de lado una representación lógica binaria, exclusiva, en beneficio de una lógica borrosa que tome en consideración todos los grados posibles” (p. 23) y luego agregue que “es preciso, en cuanto se pueda, restablecer el dinamismo del lenguaje completándolo con índices evolutivos” (p. 23-24). Al adoptar esta gradación, como base para el análisis, logra darle a sus descripciones la flexibilidad y la amplitud que el binarismo le impedía. Ahora bien, al combinar los postulados de Guillaume, la gradación antes mencionada y el dinamismo natural al lenguaje, el alcance que Pottier da a la generatividad intrínseca de la lengua, adquiere su verdadera dimensión. Dimensión que, dicho sea al pasar, está presente en todas las páginas de este libro.

En la tercera parte del libro, titulada “Gramática del enunciado”, Pottier se detiene a esbozar una gramática de producción. “Esta intentaría imaginar los mecanismos mediante los cuales el emisor construye textos a partir de sus propias intenciones de significación” (p. 133). En estas condiciones, dice Pottier, “hablar un idioma significa utilizar medios lingüísticos al tiempo que se es responsable de múltiples elecciones, básicamente semánticas todas ellas, pero sujetas a amoldarse a esquemas sintácticos de la lengua” (ibid.). Este interés manifiesta una preocupación por aquellos procesos previos a la enunciación, el momento anterior al discurso, que sería su después. Estamos nuevamente en el campo de lo psicológico y lo cognoscitivo, como factores concurrentes (y subyacentes) en toda enunciación. También conviene reparar en la importancia que Pottier reconoce a la semántica en el proceso de producción de todo discurso. No es un aspecto secundario o posterior a la sintaxis sino, muy por el contrario, principal y determinante, tanto del contenido del discurso como de las estructuras encargadas de verbalizar nuestras intenciones. Sin embargo, en la cita anterior, podemos observar que Pottier atribuye a la lengua en sí la capacidad de ofrecerle al hablante todos los elementos o

signos necesarios para que logre expresar sus intenciones pero, de esta manera, termina distanciándola de los hablantes, quienes sólo podrían “amoldarse” a lo que la lengua ya posee. Todo estaría dado. Entonces, surge una cuestión vinculada con el dinamismo natural del lenguaje: el cambio lingüístico. ¿Cómo explicar el cambio desde la perspectiva sostenida por Pottier? ¿Acaso los hablantes no somos, además de usuarios, creadores de lengua?

Los capítulos 10, 11, y 12, resultan de particular importancia. En ellos apreciamos a Pottier haciendo gala de sus conocimientos lingüísticos, en temas como el sistema causal, la voz y la predicación y finalmente, en sus observaciones sobre el módulo casual y el contexto.

“Las categorías semántico-gramaticales”, título de la cuarta y última parte del libro, refuerzan la importancia de la semántica en el estudio del lenguaje: “convendría tener una gramática de base semántica, es decir, una gramática en la que tuviesen primacía los mecanismos de construcción del discurso por parte del emisor” (p. 219). Este interés, comentado líneas atrás, es enriquecido incorporando en el conocimiento de la lengua, el uso y el efecto discursivo de algunos modelos de organización sintáctica y de ciertas propiedades que reconoce en algunos lexemas, cuya ocurrencia discursiva respondería al propósito del emisor. Temas como “Tiempo y aspecto”, “La determinación” y “La modalización”, analizados por Pottier en los tres últimos capítulos de este libro, son una buena demostración de la riqueza conceptual y del esquematismo que caracterizan los trabajos de Pottier y además, constituyen argumentos suficientes para terminar considerando que este libro es ocasión para volver a apreciar y discutir los trabajos de un gran lingüista.

Carlos Garatea Grau
El Colegio de México